



Me encuentro con Dios en la naturaleza

MIGUEL ANGEL ARIZ, OFM CAP

I. ¡QUÉ ADMIRABLE ES TU NOMBRE, SEÑOR, EN TODA LA TIERRA!

Miro por la ventana y veo un naranjo florido. Sus flores exhalan un perfume exquisito. Vienen a mi memoria los versos de Tagore: *"Dijo el hombre al almendro: / háblame de Díos. / Y el almendro floreció"*.

Es primavera. La savia empuja, y todo se va llenando de vida. Los árboles se han cubierto de hojas y flores. El jardín está precioso. Dios está presente; sigue creando. *"Sus manos son recientes en la rosa"* (himno de Laudes).

Hace unos días acompañé por la noche a un hermano enfermo. Desde el sexto piso del hospital pude contemplar la maravilla del amanecer. Primero el resplandor, creciente. Al fin asomó el hermano sol, sobre la cordillera nevada. *"Salimos de la noche y estrenamos la aurora, saludamos el gozo de la luz que nos llega resucitada y resucitadora"* (himno de Laudes).

El fin de semana fuimos a Punta de Tralca, de paseo comunitario. Llegamos cuando el sol empezaba a declinar. Nos dirigimos de inmediato junto al mar, en las rocas escarpadas. Allí nos detuvimos para contemplar la puesta del sol. El cielo se fue tiñendo de rojo, y el sol reflejaba en el azul inmenso. Nos quedamos en silencio, envueltos en el misterio, sobrecogidos ante la grandeza de la creación. Unas gaviotas cruzaban el horizonte. El sol se escondió entre el agua. El crepúsculo continuó un largo

rato. Del silencio brotó el canto de alabanza: *Al llegar el ocaso del sol contemplando la luz de la tarde, cantamos al Padre, al Hijo y al Espíritu de Dios.* (himno de Vísperas).

¡Si supiéramos mirar!, ¡si supiéramos contemplar!, nos encontraríamos con Dios en el santuario maravilloso de la naturaleza. Descubriríamos la huella de Dios en todas las criaturas, hasta en las más pequeñas: en las plantas y en las flores, en el viento y en la lluvia, en el sol y las estrellas, en el agua, los ríos y el mar, en la noche y en la luz... De nuestro corazón, habitado por el Espíritu, brota la admiración del salmista: *¡qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra!* (Salmo 8).

II. PALABRA DE DIOS

Los tres jóvenes en el horno ardiente de Babilonia han experimentado la presencia salvadora de Dios e invitan a todas las criaturas del universo a alabarle. Aparece un contraste significativo: la banda de rey convocaba con música instrumental para adorar la estatua erigida por el rey Nabucodonosor. Los tres jóvenes no obedecen al rey para obedecer a Dios, y ofrecen el sacrificio de la alabanza entusiasta, formando parte de una sinfonía gigantesca que alaba al Señor:

*Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.
Ángeles del Señor, bendecid al Señor,*

*cielos, bendecid al Señor.
Sol y luna, bendecid al Señor,
astros del cielo, bendecid al Señor.
Lluvia y rocío, bendecid al Señor,
vientos todos, bendecid al Señor.
Fuego y calor, bendecid al Señor,
fríos y heladas, bendecid al Señor.
(Dan. 3, 57-90)*

II. ¡ALABADO SEAS, MI SEÑOR, CON TODAS TUS CRIATURAS!

De la mano de Francisco de Asís y Juan de la Cruz vamos a encontrar a Dios en la naturaleza, y vamos a alabarle con todos los seres creados.

Francisco de Asís ha experimentado a Dios en su vida, y de su corazón convertido e inflamado brota el Cántico a borbotones:

*Altísimo, Omnipotente, buen Señor,
tuyas son las alabanzas, la gloria, el honor y toda bendición.
A Ti solo, Altísimo, corresponden, y ningún hombre es digno de nombrarte.*

Francisco reconoce nuestra indignidad para nombrar a Dios, pero no renuncia a cantar la alabanza inaccesible. Su mirada se vuelve a las criaturas. Con ellas alaba al Señor:

*Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el señor hermano sol,
el cual nos trae el día y por el cual nos iluminas,
y es bello y radiante, con gran esplendor:
de Ti, Altísimo, lleva significación.
Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas:
en el cielo las has formado claras, preciosas y bellas.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento,*

*y por el aire, y el nublado, y el sereno, y todo tiempo,
por el cual a tus criaturas das sustento.
Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,
la cual es muy útil, y humilde y preciosa, y casta.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual iluminas la noche:
y él es bello, y alegre, y robusto, y fuerte.
Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra,
la cual nos sustenta y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.*

Francisco se sitúa entre las criaturas, no sobre ellas. Ante el Altísimo, Francisco se siente pequeña criatura, vinculado a todas estas. Todas ellas son "hermanas" porque han salido de las mismas manos creadoras del Padre. Se nos regalan como "preciosas", "bellas" y "útiles". Francisco goza con las criaturas porque no se apropia de ellas,

La creación es para Francisco, ante todo, alabanza, himno, adoración. Fue posiblemente el coro que más frecuentó y al que más se unió, si bien no se separaba del coro de sus hermanos. Las criaturas cuentan y cantan interminablemente la gloria de Dios.

"Alabado seas, mi Señor" es el estribillo que atraviesa todo el Cántico. Arrebatado por el amor de Dios, solo le queda a Francisco alabar con todo y por todo. Alaba a Dios fraternizando con todas sus criaturas. Ellas le ayudan a alabar al Altísimo, a unirse con Él. Se convierten en mediación. Le revelan algo de la belleza, la bondad y el poder de Dios. "A impulso de su inefable devoción, percibía la bondad de Dios en cada una de sus criaturas, como otros tantos arroyuelos que manan de aquella fuente inagotable" (LM 9, 1).

La comunión con las criaturas era para Francisco un encuentro con Dios. Las criaturas, acogidas y amadas, se convierten en realidades "preciosas", fascinantes. Se revisten de una expresividad sagrada. Las criaturas ponen a Francisco en relación con Dios. El hermano sol, por ejemplo, es signo. Este sol visible que ahuyenta la oscuridad y da a cada criatura su color, es para Francisco imagen de Cristo que libera de las tinieblas a todos los seres con su luz y su amor.

El Cántico de las Criaturas no brota del entusiasmo de un romántico, sino que es la profesión de fe de un hombre que ha recorrido el duro camino de la vida. Tiene un sentido pascual. Francisco está ciego, no puede ver la luz del sol. Un ciego canta al sol. Un enfermo canta a la vida. Tiene el sol dentro. Es el cántico de un hombre que se ha reconciliado con todo, -hasta con su propia sombra, hasta con la muerte, a la que llama "hermana". La clave está en la pobreza y humildad. Introducido por la fe en este mundo creado, Francisco sintoniza con todas las criaturas, escucha la sinfonía inmensa y fraterna de todas ellas y con ellas alaba al Padre de quien viene todo bien. Las criaturas le hablan y le provocan a la alabanza.

San Juan de la Cruz, al igual que Francisco, descubre el paso de Dios, las huellas que ha dejado en las criaturas. En su Cántico aparece un bello diálogo entre el hombre y la naturaleza:

*¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras
de flores esmaltado!
¡Decid si por vosotros ha pasado!*

Y las criaturas responden a coro:

*Mil gracias derramando
pasó por este soto con presura*

*y yéndolos mirando
con su sola figura
vestidos los dejó de hermosura
(Cántico, canciones 4 y 5).*

Las criaturas son para Juan de la Cruz "como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su belleza y sabiduría y otras virtudes divinas" (CB 5, 3). La naturaleza está marcada por la impronta de Cristo, el Amado:

*Mi Amado las montañas
los valles solitarios nemorosos
las ínsulas extrañas
los ríos sonorosos
el silbo de los aires amorosos*

*la noche sosegada
en par de los levantes de la aurora
la música callada
la soledad sonora
la cena que recrea y enamora (CB 14-15, 2).*

Religiosos que vivieron con él nos ofrecen testimonios que son para nosotros estimulantes: "... se ponía en oración y mirando los ríos o fuentes o cielos o yerbas, en que decía ver un no sé qué de Dios" (Jerónimo de la Cruz, Ms Vat 2862, fol 8). "Se levantaba antes que fuese de día, y se iba a la huerta, junto a una acequia de agua, se ponía de rodillas y allí estaba en oración, hasta que el calor del sol te echaba de allí". (Francisco de San Hilarión, BMC 14, 112-113).

IV. CELEBRAR LA VIDA

Podemos salir a orar al jardín, al huerto o a un lugar de campo, y ahí mirar las criaturas, contemplarlas serenamente; dejarnos envolver por su belleza, que nos habla de Dios. Fraternalizar con ellas, y escuchar la sinfonía maravillosa que alaba a Dios y que nos invita también a nosotros a alabarle. Tal como nos cuenta un novicio de San Juan de la

Cruz: *“le veía buscar con solicitud lugares secretos y acomodados para la contemplación, así a la oración de prima noche... se salía a la huerta y hacía que los religiosos hicieran lo mismo, entre los árboles y soledad grande que había en el convento de Granada, donde asistían con mucha devoción y quietud. Y en la oración de por la mañana les hacía salir a un huertecico”* (Ms Vat. 2867, fol 50r).

En uno de esos días en que Juan de la Cruz invitaba a sus hermanos a salir al campo para orar, nos refiere Agustín de la Concepción cómo al ver la corriente del río se admira y entusiasma al ver unos peces y llama de urgencia a sus hermanos, diciendo: *“¡Vengan acá hermanos, y verán cómo estos animalicos y criaturas de Dios le están alabando, para que levanten el espíritu, que, pues estos sin entendimiento ni razón lo hacen, cuánta mayor obligación tenemos de alabarle nosotros, y en esta plática se quedó suspenso, y echándole de ver los religiosos se apartaron y se fueron y lo dejaron en su contemplación”* (Ms Vat S25.F56).

Podemos preguntarnos con qué 'elemento' de la naturaleza nos identificamos. Juan de la Cruz tiene preferencia por el agua que corre y la noche *-¡qué bien sé yo la fonte que mana y corre: aunque es de noche!-*. Francisco admira especialmente al hermano sol... ¿Y tú?

Compartimos en comunidad sobre cómo ha sido nuestra oración en la naturaleza, qué hemos experimentado, con qué elemento nos identificamos. Ojalá lleguemos a algún acuerdo concreto que nos ayude a encontrarnos con Dios en el santuario de la naturaleza. Es un libro abierto que Dios lo ha escrito para nosotros. Al mismo tiempo podemos conversar sobre el tema tan actual de la ecología en nuestra vida cotidiana.